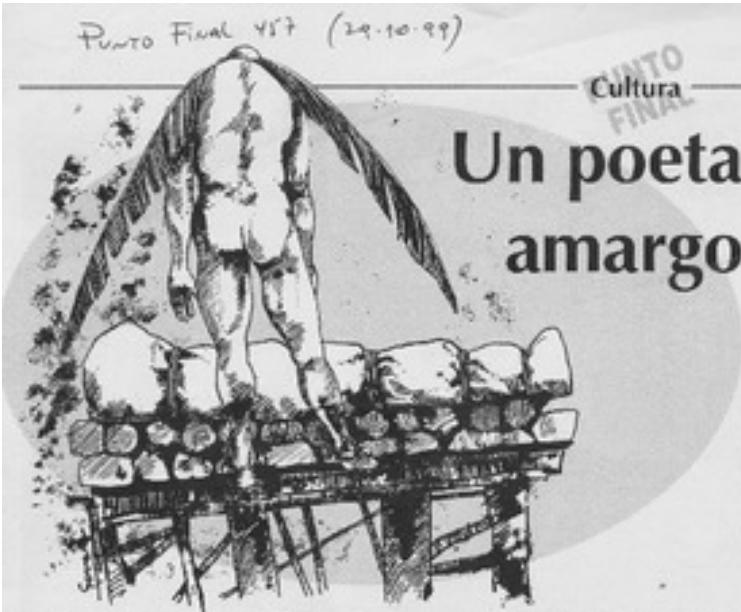


PUNTO Final 417 (29-10-99)

58867<sup>3</sup>

Santiago, noviembre de 1999 15



## Cultura FINAL

# Un poeta amargo

**R**icardo Navia cumplió a fines de 1998 setenta y dos años de edad, plenitud de una existencia bastante soñada sobre la tierra y bajo los cielos de la poesía. Al formular esta noticia nos preguntamos ¿qué habría sido Ricardo Navia de no haberse convertido desde niño en poeta? Su condición humana es trágica, probada en el estudio, en el comercio, en la lucha política, en su participación en actividades públicas y espirituales. Si le recordamos hoy joven, le vemos más soniente que hoy, como si la vida durísima que ha llevado, le habría impuesto un signo de reproche que va desde el ojo al labio desencantado. ¿Cuando conocimos a Ricardo Navia? Puede haber sido en 1948, cuando él ejercaba un sencillo cordillerano y nosotros luchábamos desde el incipiente Sindicato de Fiscales de Chile que pretendía agrupar a los escritores de la intemperie, en una sala encubierta de la Biblioteca Nacional. Navia había publicado su libro de poemas *Los raudos trágicos*, con el sello Teguenda que corresponde a Teguinda Pablo Barrios, Gladys Thesis, la prosista argentina, lamentablemente fallecida en Buenos Aires en 1969, autora de seis libros, capaz de fundar una imprenta en su propio domicilio para vengar una dura crítica literaria.

*Los raudos trágicos*, tomó primeros de su poeta de veintidós años, lleva un prólogo de Antonio de Undurraga que contiene este juzgo sagaz: "Leal a su tierra y a su sangre, este hombre cuyo rostro ovalo es casi idéntico al Lastayo que pintara David Alfaro Siqueiros en el gran cuadro mural de Chillán, nos da a recordar en su poesía que el Oriente circular por sus venas, que su panuelo cege gloria trascendental". Antonio de Undurraga resagazada cita estos versos: "...Volverás con iriendo el día en pétalos y perlas caídas por tormentas lluviosas". En un consejo poético con la generosidad pueril a flor de piel, *Los raudos trágicos* es dedicado con estas palabras simbólicas: "A mis maestros, cariño de las en mis casas y a mis padres, eco de los siglos bravos".

Nosotros conocimos a Luis Navia, padre del poeta, hace ya lejanísimos años. Nos pareció un personaje desdorvillante que vivía en la insolidad de sus sueños. Había sido secretario de Luis Emilio Recabarren y de Pablo de Rokha, para quien Navia pintó algunos de sus cuadros que ambos salían a vender, desafiliando a los compradores con la oposición del poeta combatiente. Luis Navia, que hoy, como Dr Rokha, sería centenario, se llamaba de verdad Luis de Viana, pero al conocer el triunfo de Pedro Navia, cantante de La Scala de Milán, relámpago de la gloria chilena en el vasto escenario del mundo, cambió su apellido Viana por el Navia que ahora prolongan Ricardo y sus hijos por el mundo.

Además de *Los raudos trágicos*, Navia es autor de *Morir, Morir* (1954) y de *Los horrores caíder a gorra* (1959), un tomó de cuentos donde, zanjándose de la antología po-

tica, nos muestra algunos trechos de su intensidad lastimosa, siempre oscilando entre el fantasma de la muerte y la atmósfera de la vida. Ese libro contiene un juicio de Miguel Saide, escritor, abogado y maestro de filosofía, cosa honrada, más próximo al diagnóstico que al párrafo laudatorio, dice así: "Nacido en 1926, a los veinte y seis años, Ricardo Navia, como todo artista fiel a su modo - sigue siendo un adolescente y casi un niño bueno y malo a la vez sediento de ternura y amistad, que multiplicó sus fuerzas de desencanto y apuró ante nosotros como un Kafka ante el cual todo ira absurdo, incluso el mismo".

Franz Kafka al que un amigo famoso vio como un fabriko, fue aplastado por sus mayores, vestidos con paños impenitentes por la transmisión imposible de vencer, de un mundo laborístico y hostil, Ricardo Navia es un rebelde con estallido y un inconforme de malestar asesinado. El poeta sale en busca del misterioso y no acepta lo que se pretende establecer como algo inamovible, equilibrado en la estofidez y la rutina. Navia ha sido además un inquebrantable luchador político cuya acción trasciende valvulas y direñas en la tercera parte del libro *Poesías de muerte*, homenaje a Santiago Nottino, muerto.

Otros escritores han calificado también a Navia con palabras sagaces, atañidas por su personalidad singular. El poeta Miguel Arechía nota en la solapa de *Morir, Morir*: "Si le pregunto por su salud... me dice que está muy bien, tan sencillo y sereno con su vida. Los tres poemas de su primer libro reflejan, más que el gusito del tiempo, y con él el temor de contemplar aquello que anotaron cambiado por el final de los días. Para Ricardo hay aquella desesperación de querer amar lo que ama para contemplar el desmembramiento de su cuerpo". Es un báculo júicio transparente y respetuoso. Los poemas son siempre más sensibles que los críticos profesionales y la crítica, para el que escribe de verso, equivale a la virtud del carpintero. También han calificado a Navia, el pensoso Edmundo Rivero y en su libro que ahora nos ocupa *Cuadernos dentro de las nubes* (poemas de amor, de locura y de muerte), Ediciones Taller de Poesía Ida Pachía (Santiago, 1994), el inolvidable Andrés Sabella, nacido en 1912 y fallecido solitariamente en su mora grande, el 26 de agosto de 1989. El homenaje de Sabella va acompañado de una de sus villancicas, ex libris que el poeta prodigaba y que está fechada el 29 de mayo de 1985. Muestra una vaga réplica de Navia, rigurosamente trágica, sin que falle una ligera dulzura en su mejoría. Así acaba Andrés Sabella, siempre movido por su natural temeraria y su luciente información literaria.

Permitámonos a Ricardo Navia en su última aventura, en la totalidad de su libro, testimonio de su constante arremetida vital. El tono del verso se ha hecho más sereno y desprovisto de adjetivos; ya no se oyen la voz entera de Pablo de Rokha, ni los surrrealistas inesperados del Conde

de Maldoror. Dice el poeta:

*Quisiera no vivir aquí, dijiste.  
Me gustaría estar en otras latitudes,  
conocer otra gente, tener muchas risadas,  
tener hijos rubios con el hombre que amo.*

Se trata, en verdad, de una despedida y los posibles hijos rubios señalan el abismo; ser "rubio" es un signo de privilegio en Chile. Nuestra abrumadora propaganda televisiva está sometida en la taza y el cabello rubio, hasta Cíntia, que era un náufrago de pelo oscuro y revuelto, se le ve como un rubio y estilizado señor judío. El poeta Ricardo Navia prosigue, finalizando:

*Solitas y solitarias hacia tu destino,  
una estrella que crece,  
un poeta que te adora,  
de regalo una flor,  
nada de eso era válido.*

La natural soberbia y el sarcismo del poeta Ricardo Navia no se han enfriado; la experiencia dolorosa es muy fuerte, está apoyada en los eternos bíctores: la soledad y la fatiga propia de los años y así el poeta anota en una nota propia de un diario latente:

*Mis fuerzas se las llevaron estas tardes eternas,  
en sus cocinas siempre heladas a las dos de la tarde,  
su hogar pierde a las diez de la noche,  
los días llenos de soledad y la no permanencia,  
pero yo sé que adquirir me vengará.*

Estamos frente al dolor contenido y expresado sin posibilidad de asimilarlo. El sombrero de Ricardo Navia carece de las gárgolas intelectuales, de las gracia de la razón invencible de Thomas Mann y su *Momento mágico* y el poeta hasta recurre a la vergüenza por tanto ajeno, a la paciente picadura del lindo. A parte de ello, Ricardo Navia se ha arrastrado en la vida azarosa y en los libros; no hay otros lugares de abandono intelectual y constituyen fuentes que no pueden abandonarse sin daño para una y para otra. Sus lecturas de los suyos se advierten en sus ensayos acerca de Fodor Dostoevski, que un día nosotros presentamos en el ámbito de la Sociedad de Escritores; en algunos de sus poemas más aplaudidos y maduros.

Lloradas Andreyas, otro raro seguramente leído por Navia, escribe en una de sus obras trágicas, viñetando la vida de un hombre en cinco cuadros y un prólogo, recomendando al final: "No te acuerdes en tu boca como: [Mentira en ella] Allí morirás, cuidado con la cara".

Pero Ricardo Navia no es sólo literatura. En el *Postfijo* de su libro actual, después de promocionarse contra los mitóquicos y los divulgados "caníbales" de nuestra poesía, escribe: "En cuanto a los poemas de la última parte, *Cuadernos dentro de las nubes*, los he dedicado a Santiago Nottino, y no a sus compañeros que fueron asesinados igual que él, porque fui amigo de Nottino desde mi temprana juventud. Y justamente quince días antes de su asesinato lo encontré caminando lentamente por la Alameda con San Ignacio. Me contó que estaba enfermo del corazón. Toda esta parte de *Cuadernos dentro de las nubes*, está escrita con la presencia de mi gran amigo". Y más adelante: "A la noche nosvibra fueron a mí casa, pero no tenían mi nombre ni mis datos preciosos. Un carabinero que entró vecino y nuestros hijos eran amigos, me salvó y regalóme y arringándome él. Tuve que huir. Posteriormente me buscaron con retinos lubiaños en Antofagasta, Atacama y otras ciudades nortinas a donde tuve que refugiarme para salvar mi vida. Hasta el año 85 año continuaron buscándome a través del país. Por suerte el destino me tenía reservado continuar viviendo para poder escribir acerca de los compañeros asesinados y no ser internado desaparecido como lo son Aguilera, Flores, Espinoza, Aranda y muchos otros".

Ricardo Navia se ha salvado a través de la poesía y de la vida plena con todos sus riesgos y no necesita de recomendaciones medievales y prudentes. Sigue en pie, amistoso y lirioso, con fe en la palabra y en la fiesta romántica, dispuesto a que el lector sensible, de abona o de malherbo, descubra toda la emoción y los pobladitos simbólicos de su poesía. Ellas se albergaron en el poeta que al escribirlos a solas, totalmente a solas, con el mundo creíma, como ha de vivir y morir el auténtico poeta, salió su propia sombra y se apropió a la eternidad. ■

LUIS MERINO REYES

**Un poeta amargo [artículo] Luis Merino Reyes**

**AUTORÍA**

Merino Reyes, Luis, 1912-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1999

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Un poeta amargo [artículo] Luis Merino Reyes

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa